

LA ORIENTACIÓN Y LA IDENTIDAD

¿EN QUÉ CONSISTE SER ORIENTADORA?



RAQUEL MARTÍNEZ MUÑOZ
ORIENTADORA EDUCATIVA
IES CAMPANILLAS

Yo no sabía lo que era la orientación educativa. Era el año 1998, y acababa de licenciarme en Psicología. Había decidido seguir formándome en el área de la educación y la terapia sexual, especialidad que me atraía y a la que, en principio, quería dirigir mi futuro laboral.

Terminar los estudios supone una encrucijada en la vida de cualquier persona, ese vértigo de decidir... "Y ahora, ¿qué?, ¿hacia dónde voy? ¿estoy preparada? ¿qué recursos tengo?"

En ese momento crucial, Nieves, psicóloga conocida por mi familia, me hizo la pregunta que cambió mi vida: "Raquel, ¿tú por qué no te preparas las oposiciones de orientación?"

"Las oposiciones... ¿de qué?"

La especialidad de orientación educativa era aún muy joven, yo no había tenido orientación

en mi paso por el BUP y COU, y nadie me había hablado de ello. Me prestaron un temario, y un poco por probar, me puse a ello. Aquel curso, en el que estudiaba el máster de sexología y por las mañanas leía los 80 temas de psicopedagogía, me sirvió para darme cuenta de que la educación me gustaba. No era del todo raro, porque en mi casa estaba familiarizada con el magisterio, pero la verdad es que nunca pensé en dedicarme a ello. El curso siguiente lo dediqué plenamente al estudio de las oposiciones, continué con el máster, hice el CAP, y busqué una academia en la que formarme mejor.

En el año 2000 obtuve mi plaza. Aún hoy me cuesta describir aquellos momentos. Euforia, incredulidad, orgullo, responsabilidad y, de nuevo, el vértigo... Pero, por encima de todo, ilusión, infinita ilusión.



Transiciones/ D. BOYANO

Han pasado casi 23 años desde entonces. Cuando miro hacia atrás y observo el camino recorrido, lo primero que se me viene a la cabeza es algo parecido a: "madre mía, ¡cómo pasa el tiempo!". Pero, al reflexionar sobre ello, mi mayor certidumbre es que la orientación educativa forma parte de mi identidad. Hasta tal punto que me costaría entenderme sin mi profesión. No tengo claro si esto es bueno o malo. Soy orientadora, y lo soy antes que psicóloga, antes que miembro del equipo directivo al que he pertenecido durante diez años, antes que especialista en sexología.

¿Qué es la orientación educativa, para qué sirve? A veces mi alumnado me lo pregunta, también personas que saben que existimos, pero no tienen claro a qué nos dedicamos, o tienen una idea confusa e imprecisa.

Podría ser fácil contestar esta pregunta leyendo lo recogido en la normativa que regula nuestras funciones, o un manual de psicopedagogía. Sin embargo, y aunque intento dar una respuesta sencilla y atractiva para el alumnado que quizá se plantea esta opción en su futuro, creo que su contestación es compleja.

¿La orientación es guiar al alumnado hacia su futuro profesional? ¿Ser especialista en pruebas clínicas que intentan determinar las necesidades educativas del alumnado? ¿Asesorar al profesorado y equipos directivos sobre las medidas de atención a la diversidad? ¿Ser especialista en inclusión educativa? ¿Saber mucho de legislación? ¿Aconsejar sobre cómo gestionar la convivencia de un centro? ¿Asesorar sobre cómo se enseña y cómo se aprende? ¿Consiste en ser especialista en mediación, igualdad, salud, acoso escolar,

violencias machistas, trastornos alimentarios, prevención del suicido? ¿Ser experta en materiales para trabajar en las tutorías, referidos a los temas anteriores y a muchos otros? ¿Es saber hacer informes psicopedagógicos que sustituyen prácticamente al diagnóstico clínico que deberían hacer otros servicios? ¿Estar al día de las innovaciones pedagógicas? ¿Coordinar a las tutoras y tutores? ¿Elaborar documentos-resumen y presentaciones sobre atención a la diversidad, las sesiones de evaluación o sobre las opciones posteriores a la ESO, el bachillerato y la FP? ¿Es, quizá, saber al dedillo los criterios y requisitos de acceso de todo tipo de enseñanzas posteriores a las obligatorias? ¿Estar bien informada de cómo anda el mercado laboral y qué profesiones tienen las cotas de mayor empleo? ¿Conocer y establecer relación con los servicios sociales? ¿Es asesorar al profesorado sobre cómo atender dislexias, discapacidades, autismo, altas capacidades, alumnado que no conoce el idioma, alumnado sin "categorizar" pero que no llega, alumnado absentista...? ¿Ser orientadora es hacer todo lo anterior y hacerlo todo bien?

Podríamos formular las preguntas de otra manera: ¿Hago mi trabajo si atiendo a una alumna con una crisis de ansiedad? ¿Si intento dar pautas y asesoramiento a una alumna con indicios de ser víctima violencia de género? ¿Debo salirme de lo que estrictamente señalan mis funciones? ¿Influye el contexto, el tipo de centro, las etapas a atender? ¿Las funciones deben ser las mismas si trabajas en EOE o IES? Y respecto a la atención a la diversidad, ¿debe plantearse del mismo modo, desde las funciones de la orientación, en un centro de Primaria que en centro de Secundaria y enseñanzas postobligatorias?

Cuando llegué al primer instituto en el que trabajé, un centro pequeño en el que solo se impartía la ESO, el jefe de estudios me pidió que entrara a las tutorías. Yo era muy joven y muy novata (y creo que el jefe de estudios

no tenía muy claro cuál era mi trabajo), quería aprender, y aunque sabía que aquello que me pedían no entraba del todo en mis funciones, lo hice. Por supuesto, tampoco me habría atrevido a negarme.

Aquel año aprendí muchísimo sobre cómo trabajar con el alumnado dentro de clase, cómo llevar un grupo y cómo coordinar las tutorías. También me hice "experta" en materiales para usar en la tutoría lectiva. Jamás he vuelto a conocer mejor al alumnado de un centro ni he tenido una relación tan buena con alumnado y familias. La orientación vocacional era muy personalizada, así como todos los procesos de asesoramiento a profesorado y tutorías. Llevo a aquel centro y sus personas en mi corazón.

Al curso siguiente fui a mi primer destino definitivo, un IES "de pueblo", parecido al centro anterior, pero que contaba con aula de apoyo y maestra de pedagogía terapéutica. Allí estuve tres años, y solo me fui porque en algún momento tenía que intentar acercarme a mi casa y hacer menos kilómetros diarios. En aquel centro me tocó hacer mis primeros informes psicopedagógicos (salvando los de acceso al Programa de Diversificación Curricular, que sí había elaborado el año anterior), antes de la era Séneca, cuando (casi) todo era en papel. Me recuerdo intentando dejar bien recogido en mi primer informe qué sabía y no sabía hacer aquel alumno en lengua y matemáticas, cómo aprendía, qué tipo de medidas iba a necesitar. Sudé tinta. Aquel chico, no lo olvidaré nunca, había venido a España con 9 años en los bajos de un camión. Vivía en un centro que recogía a alumnado en acogida, y no tenía familia en España. Hablaba bien el idioma, pero no podía aprobar las materias al ritmo de los demás. Su mayor preocupación era cumplir 18 años y no tener nada, ni casa, ni acogida, ni título de la ESO. No sé qué fue de él. Empecé a comprender qué era aquello de la (supuesta) compensación educativa.



Búsquedas / D. BOYANO

En el curso 2004/2005 me trasladé a mi centro actual. En esos momentos su oferta incluía la ESO, Bachillerato, dos Programas de Garantía Social y cinco Ciclos Formativos de cuatro familias profesionales distintas, ubicados fuera del edificio principal del instituto. Además, era un centro "de compensatoria", con relativamente poco alumnado que cumpliera los criterios de esta categoría, pero con muchas necesidades, muy difícil. En el curso siguiente nos pusieron, además, un aula específica.

Todo lo que había trabajado hasta entonces en la orientación educativa dio un giro de 180 grados. Aquello de "entrar a las tutorías" quedaba poco menos que en la prehistoria, sobre todo porque, aunque me gustaba hacerlo de vez en cuando, cada vez tenía menos tiempo.

Me cuesta poner en palabras todo lo aprendido en el IES Campanillas, mi centro. Mi centro, con mayúsculas. Si antes comentaba que la orientación forma parte de mi identidad, casi podría decir que mi instituto se acerca bastante a ello. Y sé con seguridad que esto no es bueno "del todo".

Pero volvamos a cómo cambió mi trabajo en un centro de estas características. De las primeras cosas que tomé conciencia fue de que tenía que aprender a coordinar un departamento de varias personas, cuando anteriormente habíamos sido solo dos, a lo sumo, la PT y yo, más la coordinación con las tutorías y el profesorado de los ámbitos en la diversificación.

En mi IES hemos llegado a ser 12 personas en el departamento, tres PT, dos maestras de apoyo a la compensación educativa, maestros de los Programas de Cualificación Profesional Inicial, dos profesoras de FP sin familia profesional propia, la educadora social (mientras la tuvimos) ... Aunque no era fácil, a mí tanta gente y tanta tarea me daba "vidilla", todo era relativamente nuevo y formaba parte de mi crecimiento profesional.

La organización del trabajo cambió, como no podía ser de otra manera. Ahora se trataba de trabajar más y mejor en equipo, dedicándole menos tiempo a la atención individual al alumnado. A veces, durante todos estos años, cuando alguien me preguntaba aquello de a qué nos dedicamos los orientadores, yo solía contestar: ¡a reunirnos mucho con todo el mundo!

Como cualquier persona que se dedique a esta profesión, durante toda mi vida laboral he hecho de todo, tareas que me correspondían y otras que no: formar a alumnado mediador, llevar programas de hábitos de vida saludables, ser la responsable de igualdad del centro, llevar personalmente casos de alumnado que están

en situación difícil, asesorar sobre multitud de cuestiones a profesorado, equipos educativos, familias y equipo directivo, crear un blog para informar adecuadamente a mi alumnado y a mis tutores, y otras tantas que ya olvido. De todo he aprendido, de nada me arrepiento. Todo va en mi mochila personal.

Cuando me incorporo al equipo directivo como "vice-orientadora", término muy preciso para mi caso, acuñado por Rocío, querida asesora del CEP de Málaga, mi perspectiva vuelve a cambiar. Estar en el equipo durante diez años me ha permitido tener una visión global de la organización de un centro y, sobre todo, aportar mi granito de arena para intentar conseguir que la *inclusión educativa* sea el eje vertebrador. O, al menos, procurar que nadie olvide que ese es el objetivo de todo lo que se hace en un centro: la gestión de la convivencia, las tutorías, cómo se enseña, cómo se atiende al alumnado en las aulas, cómo se distribuyen los grupos, cómo se organizan los apoyos, cómo se actúa en los conflictos, si se expulsa o no al alumnado, las medidas que se toman en los equipos educativos cuando el alumnado no aprueba...

Desde mi punto de vista, la búsqueda de la inclusión educativa en todos los ámbitos de organización de un centro es la herramienta que tenemos los educadores para tratar de alcanzar la justicia social.

Hoy, este curso, en el que vuelvo a ser "solo" orientadora, me hallo en un proceso de reflexión sobre mi profesión y de posible toma de decisiones. Por un lado, miro hacia atrás y me digo: "no sé cómo has podido". Reconozco que estoy cansada. De no llegar a todo. De observar actitudes que no debiera tener ningún educador. Del enfoque, demasiado clínico para mi gusto, de las evaluaciones psicopedagógicas, la categorización de alumnado y la atención a la diversidad. De

tener que cumplir protocolos a los que no termino de ver la utilidad. De ser el sostén de determinadas medidas. De estar en todo y en nada.

Me acuerdo de reírme mucho con mi querida amiga Estrella cuando había días que decía "hoy no sé si me gusta ser orientadora", junto a otros días cuya frase era "¡hoy me encanta ser orientadora!". Ella, que es una excelente profesional.

Yo nunca tuve dudas, siempre afirmaba que me encantaba ser orientadora. Hasta que las he tenido. Las dudas y la crisis profesional. Quizá en eso consiste, y no pasa nada. Hacer balance, sumar los pros y los contras, asumir que hay momentos en la vida profesional en los que hay que tomar decisiones. Nosotras, las orientadoras, lo sabemos mejor que nadie, asesoramos a nuestro alumnado sobre ello.

Mañana es lunes. En mi agenda tengo tutoría con 3º *diver*, llamar a una familia de 1º de ESO por un posible caso de trastorno alimentario, reunión del equipo docente de 1ºB por un protocolo de detección de NEAE, cita con alumna de 2º de bachillerato para orientación profesional, terminar de organizar los talleres de la ONG que vendrá en dos semanas, enviar a la responsable de la Delegación Territorial los anexos de la PEVAU corregidos, preparar las reuniones de tutoría del martes... Y si viene, de improviso, algún alumno a pedirme ayuda, posiblemente lo atenderé, o le daré una cita, seguiré llenando la agenda...

Porque trabajo por ellos, para ellos. Porque me gustaría que a mi hijo lo atendiera alguien si se encuentra mal, o si tiene dudas, o si nadie más puede hacerlo en ese momento. Porque ellos y ellas, mi alumnado, son los que siempre han hecho que mantenga la ilusión en esta hermosa profesión.